

quiere ni aun que se los eche de los estados cristianos; „porque son, dice, unos testigos permanentes de nuestros santos misterios. Esta es la razon porque están dispersos por todos los paises del mundo, en donde marcados con el oprobio debido á su infidelidad, dan un testimonio irrefragable de las verdades de nuestra Religion. Si hacemos la guerra á los paganos, es porque ellos han empezado á atacarnos, y porque los que entre nosotros tienen el derecho de la espada pueden rechazar la fuerza con la fuerza. Pero si conviene á nuestros guerreros domar á los soberbios, tambien es propio de su piedad perdonar á los sumisos.” Al fin de esta carta el hombre de Dios da consejos llenos de sabiduria, cuya observancia, seguida infaliblemente de la victoria, hubiera justificado plenamente las promesas que tenia publicadas.

57. Fue á predicar la cruzada hasta la Alemania, y aunque no pudo hacerse entender sino imperfectamente de aquellos oyentes estrangeros, su aspecto, su fama, y mas que todo sus milagros, produjeron por todas partes efectos prodigiosos en Spira, delante del Rey Conrado y de toda su corte, en que se hallaba un enviado del Emperador de Constantinopla: en Friburgo, en Basilea, en Schafusa, en Constanza, en Colonia, en Aquisgran, en Maastricht, en Lieja, y en la mayor parte de las aldeas que se encontraron en el camino; y despues á su vuelta en los paises de Claraval. A escepcion de los libros santos, nada se lee que pueda compararse á la relacion que nos queda de este viage, tanto por el número y gran-

deza de los prodigios, como por su notoriedad. Este es un diario exacto y claro en que se especifican el tiempo, los lugares, las personas, y en que se ha querido mas bien truncar las relaciones que hablar sobre voces vagas, y en que no se refiere la menor circunstancia de que el autor no esté perfectamente asegurado. Un arcediano de Lieja llamado Felipe, fue el que dirigió esta relacion por lo que habia visto con sus propios ojos, con Herman, obispo de Constanza, y Everardo su capellan, los abades Balduino y Fruino, los monges Gerardo y Gofredo, los clérigos Oton, Francon y Alejandro, diez testigos oculares de gravedad y probidad reconocidas. El arcediano Felipe quedó tan penetrado de este cúmulo de maravillas, que renunció todas las esperanzas del siglo, y tomó el hábito de monge en Claraval.

El sabio Anselmo de Havelberg no fue solamente testigo, sino objeto de la virtud maravillosa que el cielo habia como prodigado al santo abad de Claraval. Durante la asamblea de Spira fue acometido de un mal de garganta que le quitó casi la palabra y la respiracion. Dijo familiarmente á San Bernardo (1): „tambien deberiais curarme á mí. Si tuvieseis la fe que tiene este buen pueblo, respondió Bernardo, acaso podria hacer algo por vos. Si no tengo bastante fe, respondió el obispo, supla la vuestra.” El Santo le tocó haciendo la señal de la cruz, y al instante la hinchazon y el dolor desaparecieron.

A pesar de tantos prodigios que parecian autori-

(1) *Vit. lib. II. cap. 5.*

zar la cruzada, el Rey de Germania no gustaba de esta expedición. Bernardo, que jamás hablaba en público sin que se lo pidiesen, un día que estaba diciendo misa delante del Príncipe, se sintió fuertemente inspirado de predicar en aquel momento en que nadie lo esperaba, é hizo un discurso sobre el juicio final, en que según la presunción de sus oyentes no era un hombre, sino el mismo Soberano Juez el que veían (1). El Rey interrumpió al orador, y pidió la cruz derramando un torrente de lágrimas. Sus hermanos Enrique duque de Suabia, y Oton obispo Frisinga, Federico su sobrino, y una multitud de Príncipes y de señores manifestaron el mismo deseo. El duque de Boemia, el marqués de Stiria, y el conde de Carinthia se cruzaron poco tiempo después; y en algunos meses el Rey de Germania se vió á la frente de doscientos mil hombres que no deseaban más que el momento de combatir.

Al salir de la iglesia el santo predicador, para afirmar su obra volvió á hacer otros muchos milagros. Conduciéndole Conrado con los Príncipes por miedo de que le atropellase la multitud, le presentaron un niño cojo, al que curó en presencia de todo el mundo. Al mismo tiempo le llevaron una joven corcobada y una muger ciega, que fueron igualmente curadas. Multiplicándose los prodigios y la concurrencia del pueblo cada vez más, fue necesario cerrar y asegurar las puertas de la casa en que estaba el Taumaturgo, á quien, puesto á una ventana,

(1) *De mirac. Bern. cap. 4.*

le presentaban los enfermos por una escalera. Un día que le sorprendió el concurso, costó muchísimo trabajo poderle sacar, y la felicidad que hubo de llevarle sano y salvo á su casa fue mirada como uno de los mayores milagros.

58. Una parte de los alemanes que habían tomado la cruz, á saber, los de las cercanías del Rhin y del Weser, fueron destinados á España. Pasaron después á la Gran Bretaña, donde encontraron doscientas embarcaciones tanto inglesas como flamencas, y todos juntos se hicieron á la vela para Portugal, en el que Lisboa estaba ocupada todavía por los moros. Esta grande ciudad sostuvo un sitio de cuatro meses, al cabo de los cuales se entregó por capitulación. La plaza quedó para Alfonso Enriquez, primer Rey de Portugal, y el botín para las tropas auxiliares: este fue todo el triunfo de aquellos cruzados (*). Los de Sajonia convirtieron sus armas contra los paganos del norte, donde sus ventajas, por el pronto más brillantes, fueron no obstante menos sólidas. Después de haber llevado el terror y la de-

(*) En otra parte insinuamos cuales fueron los principios del reino de Portugal. Desde que se dió á D. Enrique de Borgoña el título de conde de Portugal, no cesó de dilatar sus dominios, conquistando todos los años alguna parte del territorio ocupado por los moros. Su hijo y sucesor Alfonso Enriquez fue el primero que tomó el nombre de Rey, y auxiliado en 1147 por el ejército de los cruzados, tomó á Lisboa, y tras de ella se le rindieron Sintra, Alanquer, Obidos, Ébora, Yelbes, Serpa, Mura, Beja, Palmela y otras muchas ciudades hasta el Algarbe, con cuyas conquistas afirmó su reino. Véase Mariana lib. 10.

solacion á las tierras de los esclavones por espacio de tres meses, todo vino á parar en bautizar bárbaros consternados y no convertidos; despues de lo cual el egército victorioso compuesto de cien mil hombres con los dinamarqueses que se le habian incorporado, hizo la paz con condiciones que los vencidos observaron solamente hasta que se deshizo la liga.

Los cruzados del oriente, tanto alemanes como franceses, convinieron en tomar su ruta por la Grecia, aunque separados para no incomodarse con la multitud, debiéndose reunir á la entrada del Asia. Rogero Rey de Sicilia, que conocia la perfidia de los griegos, intentó por medio de enviados hacer mudar esta resolucion, y ofreció navíos para hacer el viage por mar; pero los dos gefes de la cruzada, uno y otro de menos de treinta años de edad, cada uno á la frente de doscientos mil hombres valientes y robustos, teniendo en nada las fatigas y peligros, no hicieron caso de un consejo que les hubiera ahorrado muchos pesares. El Rey Conrado salió primero, tomando su camino por la Hungría.

59. En Francia, antes de la partida del Rey, era necesario todavía nombrar un regente que gobernase en su ausencia. Remitióse en esta parte á lo que hiciesen los señores; quienes nombraron á Guillermo, conde de Nevers, y á Sugero, abad de San Dionisio; eleccion que aplaudió todo el mundo á escepcion de aquellos sobre quienes recaía. El conde Guillermo era uno de aquellos grandes que conocien-

do el vacío de las grandezas, habia hecho voto de abrazar las santas instituciones de la Cartuja; y este aumento de honor le determinó á egecutar inmediatamente su promesa sin que las súplicas del Rey y de todos los Príncipes pudiesen estorbarlo. Sugero, hombre de estado, habia por algun tiempo, bajo el hábito monástico, conciliado esta profesion con el fausto y las ocupaciones de la vida secular; pero habia muchos años que su persona y su monasterio estaban sujetos á una regularidad que le habia merecido los elogios de San Bernardo; y aun éste santo abad fue el primero que sugirió el pensamiento de nombrarle regente, preparó para ello á los señores, y fue á anunciárselo á Sugero, el cual opuso las mas vivas reconvencciones; pero estas al cabo fueron inútiles despues de la negativa decidida del conde de Nevers, y así quedó él solo encargado de la regencia, la que no quiso aceptar sin preceder una orden espresa del Sumo Pontífice.

60. Los dos Reyes cruzados llegaron sucesivamente á Grecia en todo el corriente año de 1147. Habian ya pasado cuatro despues de la muerte de Juan Comneno, que habia sostenido muy bien su imperio vacilante contra las diferentes naciones musulmanas que le desquiciaban por todas partes. Dícese de él que estando en Constantinopla despues de una victoria ganada á los persas, no quiso subir al carro del triunfo, sino que puso en él un cuadro de la Virgen, á quien atribuía el suceso de sus armas, y que detrás entró él con una cruz en la mano. Habia designado

para sucesor suyo á Manuel, el mas jóven de sus hijos, á quien contemplaba mas digno de reinar; y no se engañó, si en la disimulacion y el engaño consiste el mérito de un Emperador.

Manuel habia afirmado su autoridad, cuando los Reyes Conrado y Luis llegaron uno tras de otro á sus dominios. Bien hubiera querido poder estorbarles la entrada, pero no estaba en estado de contenerlos por la fuerza; y así despues de haberles concedido el paso, y dado las palabras mas lisongeras como á dos auxiliares deseados y amigos generosos, agotó contra ellos todos los recursos de la malignidad y la perfidia. Hacia atacar á sus tropas en los desfiladeros y en todas partes, cuando podia sorprender á alguno de sus destacamentos separados: cuando iban á comprar víveres, se les cerraban las puertas de las casas, se les echaban cuerdas por donde despues de haberles tomado el dinero, les daban algo de pan y algunas otras cortas provisiones, y algunas veces desaparecian sin darles nada. Tal vez mezclaban cal en la harina que les vendian, y en fin no hubo superchería ni maldad que no usasen con ellos. No se avergonzó Manuel de hacer acuñar moneda de liga baja para el comercio con los cruzados. Un autor griego es quien nos ha transmitido la noticia de estas viles maniobras de su nacion (1).

Cuando despues de estas traiciones el Rey Conrado, que era el primero que habia salido, llegó á Constantinopla, el pérfido griego no se manifestó

(1) *Nicet. lib. 1. num. 4.*

cuidadoso: eran los dos cuñados, como casados con dos hermanas hijas de Berenguer, conde de Luxemburgo, y Manuel llenó á Conrado de caricias, le hizo regalos magníficos, manifestó tomar grande interés en el éxito de su empresa, y le ofreció guias para conducirle por caminos desconocidos á Iconio, donde los turcos, decia, no le esperaban. Estas guias le hicieron tomar víveres para solos ocho dias, prometiéndole ponerle antes de este término en lugar abundante de todo; pero le llevaron á montañas desiertas donde abandonaron el ejército sin provisiones, y espuesto á continuas escaramuzas con los bárbaros, que accercándose solo á tiro de balles-ta, les disparaban desde la cima de las rocas, y los consumian insensiblemente sin correr riesgo alguno. La lanza, el sable, el hacha de armas y toda la valentía de los alemanes armados de todas armas, fue inútil contra enemigos á quienes no se podia alcanzar. Fue necesario retirarse hácia Nicea; pero habia diez ó doce dias de camino, y así cuando Conrado ya lo consiguió á fines de Noviembre, su ejército arruinado por continuos ataques, y mas todavía por el hambre y la fatiga, se encontró reducido á menos de veinte mil hombres sin equipages y sin armas. Los franceses espermentaron en Grecia las mismas perfidias que los alemanes; no obstante, parece que al llegar á Constantinopla se les tuvo algun mas miramiento, y que el Emperador trató de ganarse la benevolencia de su Monarca. Algunas personas respetables habian aconsejado á Luis que se hiciese due-

ño de Constantinopla, como podia fácilmente hacerlo; pero él quiso mas arriesgarlo todo que convertir contra los cristianos las armas que se habia obligado á conducir contra sus enemigos. Pasó, pues, felizmente el Helesponto, y marchó derechamente á Nicea, donde animó lo mejor que pudo al Rey de Germania; pero Conrado avergonzado del estado á que se veía reducido, tomó el partido de volverse á Constantinopla á pasar el invierno. No se quejó de las maldades que no estaba en estado de vengar, y su cuñado que ya no le temia, volvió á aparentar toda la cordialidad que convenia á sus lazos recíprocos. El Rey Luis continuó su marcha, y forzó el paso difícil de Meandro á pesar de las tropas innumerables de los turcos sobre quienes logró considerables ventajas; pero habiéndose dejado cortar su ejército en lo sucesivo, perdió su retaguardia que era numerosa: apresuró no obstante su marcha, y despues de muchos dias de imponderables fatigas y casi sin víveres, llegó á la ciudad de Atalia que pertenecia á los griegos. El viage por tierra era todavía largo, y por un pais enteramente enemigo, y así se resolvió á terminarle por mar; pero como no se encontraban bastantes transportes, no se pudo embarcar consigo mas que la parte de ejército mas embarazosa para la marcha, y el resto fue precisado á continuar á todo riesgo por tierra bajo el mando del conde de Flandes que apenas pudo salvar una mitad.

Raimundo, Príncipe de Antioquía, hizo todos sus esfuerzos para que el Rey le ayudase á tomar á Ale-

po; pero Luis observador puntual de su voto quiso ir en derechura á visitar el santo sepulcro, y se dió prisa á llegar á Jerusalem. Su marcha por tierra en medio de tantos obstáculos y peligros se retardó tanto, que Conrado despues de haber pasado el rigor del invierno en Constantinopla, llegó por mar á Palestina algunos dias antes que los franceses. Inmediatamente se tuvo una asamblea de Príncipes y señores, tanto de Europa como del Asia, para concertar las operaciones de la campaña, y quedó resuelto el sitio de Damasco, y asignado el punto de reunion en la Tiberiades para el 25 de Mayo.

Damasco fue efectivamente atacada y oprimida tan vivamente, que los sitiados no pensaban mas que en los medios de escaparse de la plaza, cuando algunos señores cristianos que habian nacido en Siria despues de la última cruzada, y degenerado de la grandeza de alma de sus padres, se dejaron corromper por dinero, é hicieron creer que siendo del pais debian conocer mejor que los estrangeros que el ataque debia darse por cierto lado, que era el mas fuerte; y así despues de algunos dias en que se sufrió mucho, fue necesario levantar el sitio. El Rey Conrado indignado de la traicion que por último llegó á conocer, se embarcó inmediatamente para volverse á Alemania. El Rey Luis pasó el resto de la campaña y el invierno en Siria; pero á la primavera del año siguiente de 1149 se volvió tambien á Europa. Así solamente el Rey de Jerusalem Balduino III de edad de diez y nueve años, despues de haber concebido tan

grandes esperanzas, quedó sin recurso alguno á merced de los infieles, los cuales espectadores de los vanos esfuerzos de los mas poderosos Príncipes del occidente, no pusieron ya límites algunos á su arrogancia.

61. El año en que Luis salió para la tierra santa y aun antes de su partida, el Papa Eugenio pasó á Francia en donde las turbulencias de Italia le habian obligado á ejemplo de sus predecesores á buscar un asilo; celebró un concilio en París, que empezó en la fiesta de Pascua 20 de Abril de 1147, y en él se examinaron los errores de Gilberto de la Poireé, obispo de Poitiers.

62. Este prelado natural del mismo Poitiers, habia pasado toda su vida en estudiar la filosofia de su tiempo; y como muchos espíritus ligeros del mismo siglo, habia dado en los extravíos á que los estudios, siempre superficiales en la época de su renovacion, conducen por lo comun á los arrogantes y presumidos. Quiso profundizar nuestros principales misterios, y entre otros absurdos escandalosos llegó á decir, que la esencia y los atributos divinos no son Dios: que las propiedades de las Personas de la Trinidad no son las Personas mismas; y en fin, que la naturaleza divina no ha encarnado. Se disputó vivamente de una parte y otra en el concilio de París, sin sacar otra ventaja que la de conocer el miserable juego de ingenio del dogmatizante, y manifestar que hacia uso de aquella novedad profana de espresiones que reprueba el Apóstol. Por tanto el Papa, viendo solo que

la materia no estaba suficientemente aclarada, remitió el juicio á otro concilio que debia celebrarse en Rems en la cuaresma del año siguiente.

63. Antes de este tiempo envió el Papa á Tolosa en calidad de legado á Alberico, obispo de Ostia. Mucho mas atrevidos que el filósofo ininteligible que se perdía en la obscuridad de sus vacías ideas, los discípulos de Pedro de Bruis, los henricianos y los renuevos del maniqueismo diversificados de mil modos, trastornaban el culto y las ceremonias mas santas, arruinaban todos los lazos de la sociedad, corrompian las costumbres, y aniquilaban la fe en una gran parte de las provincias meridionales de la Francia. Pedro de Bruis, despues de veinte años de predicaciones impías y de atentados sacrílegos, víctima en fin de la indignacion de los pueblos, habia sido precipitado en las llamas en que se disponia á quemar un gran cúmulo de cruces que habia derribado (1). Su suerte no asustó á Enrique, italiano de nacimiento, monge fugitivo y disoluto, que infestaba principalmente el pais de Tolosa. El legado Alberico que habia sido monge de Cluny, quiso ir acompañado de Gofredo de Chartres, y con especialidad de San Bernardo á una legacion que exigia otras cualidades que los talentos humanos, y que asustó por el pronto al mismo San Bernardo hasta hacerle dar algunas señales de desaliento.

64. Dios lo permitió así para reservarse la gloria del éxito. Todo el imperio que habia tenido Bernar-

(1) *Bern. Epist. 241.*